

15

15

4

5-92

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 002

Numero: 076 (15)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

4
5^o - 92

Biblioteca Universitaria	
C	
36	
45 (4)	

EL LIBRO DE OCCIDENTE.



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Número:

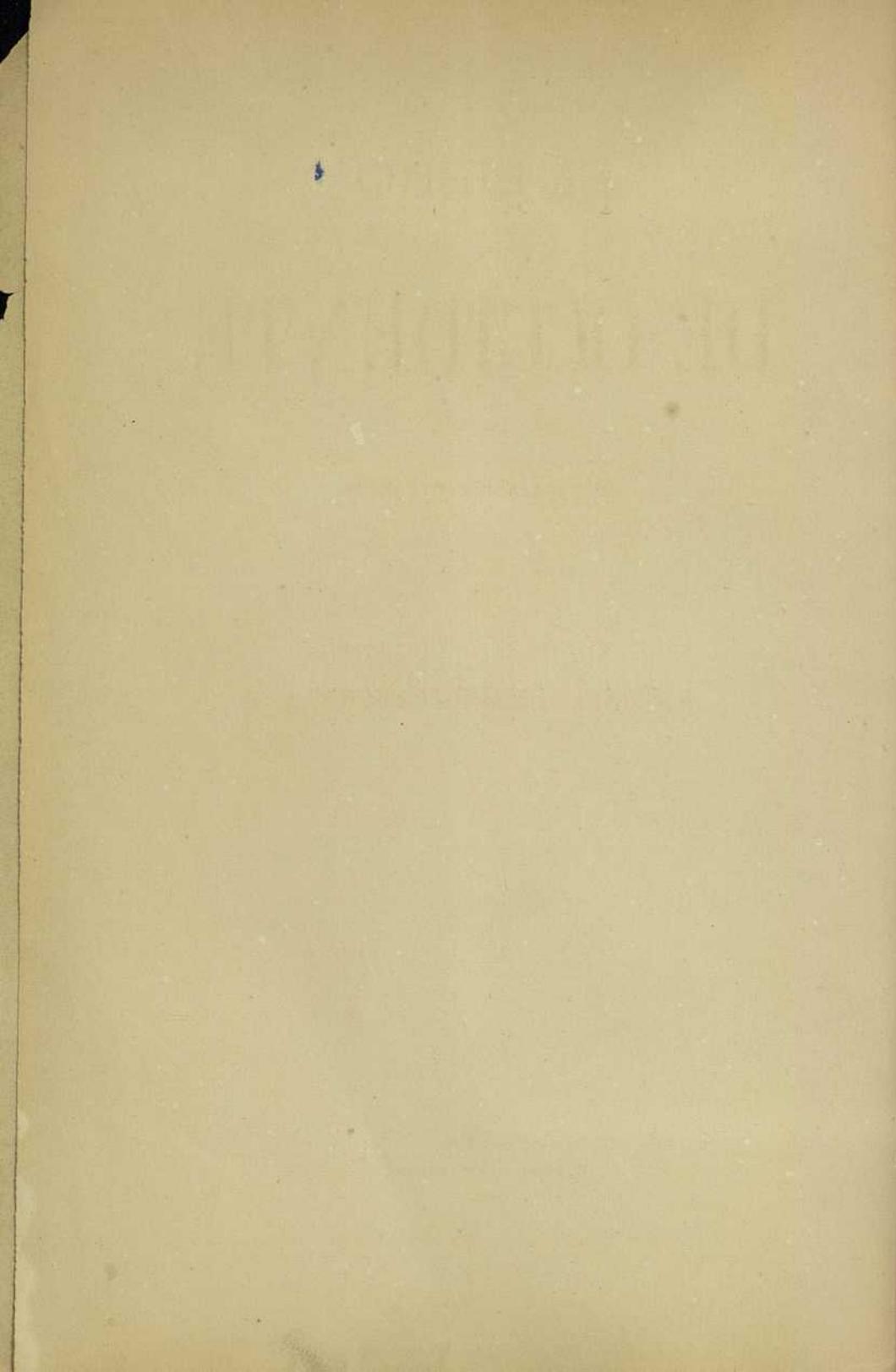
076 (15)

4
5^o - 92

Biblioteca Universitaria	
	C
	36
	45 (4)

EL LIBRO DE OCCIDENTE.





R. 28544

EL LIBRO
DE OCCIDENTE

LEYENDAS ÁRABES DE GRANADA

por

ANTONIO ALMAGRO CÁRDENAS.



GRANADA

Imprenta de LA LEALTAD.

1882.

1678

Esta obra es propiedad de su autor, y
nadie, sin su consentimiento, podrá im-
primirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca
la ley.

Hace algunos meses los periódicos publicaron la carta siguiente, que habia escrito el autor de este libro desde la capital diplomática del imperio marroquí:

Tánger 7 de Octubre de 1881.

Sr. Director de *La Lealtad*.

Mi querido amigo: Voy á hablar á usted en esta carta de un acontecimiento que me parece ha de escitar vivamente la curiosidad de los que lean su ilustrado periódico.

Me refiero á una reunion que en la noche anterior ha tenido lugar, casa de mi amigo el acaudalado moro Sid Elhach Abdelkáder Esselagüi, á la cual he tenido el gusto de asistir, especialmente invitado por Sidi Elhach. Hé aquí el motivo de la reunion.

Habia yo manifestado á Esselagüi, alguna vez, mis deseos de reunir á varios moros en mi casa, para leerles un libro cuyos borradores he traído de España al Africa y al que acabo de dar en la ciudad de Tánger el último toque. Titúlase EL LIBRO DE OCCIDENTE, y es una serie de tradiciones musulmico-granadinas, escogidas de las que corren de boca en boca en nuestra simpar Granada, y que he podido corregir y aumentar durante los días que llevo de permanencia en el imperio marroquí.

Al dar á conocer á varios moros de esta que me han honrado con su amistad, mis deseos de leerles el mencionado libro, aceptaron la oferta con tanto mayor entusiasmo, cuanto que muchos de ellos pertenecen á la raza *andalusi* ó descendiente de los moros españoles y bastantes proceden de familias que habitaron en Granada en el tiempo de la dominacion de los reyes nazaritas, á cuya época precisamente se refiere mi libro.

Divulgóse mi pensamiento y me manifestaron deseo de oír tambien la lectura de mi obra algunos cristianos y judíos residentes en esta, á los cuales di á conocer mi complacencia porque asistieran á la reunion literaria que pensaba celebrar.

Traté de dar primero esta reunion en la fonda en que habito, pero mi amigo Esselagüi me instó para que la sesion se diera en una hermosa huerta que posee en las inmediaciones de esta ciudad, en la que hay un pabellon muy apropósito para el caso, y yo accedí gustoso á su oferta, pues de tal suerte, el sitio donde iba á dar lectura á mi libro, se hallaba perfectamente en armonía con el carácter de lo que trataba de leer.

Dispuesto, pues, el asunto de esta suerte, nos juntamos en el zoco Esselagüi y yo, pocos momentos despues del Magreb ó puesta del sol, hora convenida, y nos encaminamos á su huerta.

Atravesamos algunas estrechas y tortuosas callejuelas y llegamos á una pequeña puerta, que Esselagüi abrió con una llave que llevaba consigo. Pasamos una enrucijada de corredores y despues entramos en la huerta, encaminándonos al templete donde la sesion iba á tener lugar. Hállase este departamento completamente aislado, es del gusto árabe más puro que he visto en Tánger, y está destinado por Abdelkáder para obsequiar á sus amigos con el *atai* y el *cáhua* (thé y café.) Sus paredes cubiertas de hermosas labores, sobre las que resaltan los basares para la vajilla y los armarios moriscos con multitud de curiosos objetos, los preciosos mosaicos y alicatados de azulejos que revisten el suelo y la parte inferior de las paredes, la delicada talla del techo, de olorosa madera, y lo exquisito de las alfombras y tapices que cubren los divanes y otomanas, todo nos dá á conocer la opulencia del acaudalado moro quo posee esta mansion del placer.

Al llegar á la puerta del templete, detúveme algunos momentos para contemplar el hermoso espectáculo que se ofrecia ante mis ojos, desde

una plazoleta cubierta con vistoso parrado, y que sirve de entrada al pabellon.

Era una noche de luna. La brisa de otoño, tibia y perfumada como el aliento de las huries, conmovia dulcemente las plantas y las flores del hermoso jardin de Esselagüi. Las anchas hojas del plátano hacian gracioso contraste con el menudo follaje del pino, y el bambú se balanceaba junto al rosal de Alejandria. Vese á lo lejos la inmensa extension del mar, convertida por la luz del astro nocturno en vasta llanura de bruñida plata. En lontananza se dibujan los montes de mi patria querida. A un lado se mira la moruna Tánger, blanca, inmóvil y silenciosa, semejante á inmenso sepulcro de mármol de Carrara. Y en el centro de perspectiva tan variada como interesante, se destaca el hermoso kiosko iluminado por la fantástica luz de algunos farolitos de colores.

Al llegar nosotros, nadie habia venido todavia, sino los músicos que debian amenizar la funcion, y que ya se encontraban templando sus instrumentos.

Poco despues fueron llegando los convidados. Acomodáronse los musulmanes sobre las alfombras y cogines que habia en el suelo, segun es costumbre, y los cristianos y hebreos en sillas europeas. Repartióse el café, que los musulmanes tomaron alternando con el narcótico *kif*, y los demás con buenos cigarros, y yo me senté en una silla, delante de la que se me colocó un velador con su bujia, y acto continuo di lectura, poco á poco, y guardando los convenientes intervalos, á la primera parte de mi libro, que es lo que me proponia leer.

El idioma en que leí fué el castellano, pues aunque hubiera podido hacerlo en árabe, todos los alli presentes conocen nuestra lengua, y en cambio casi ninguno (hablo de los moros) comprende el idioma clásico del Coran. Los asistentes entendieron casi todo lo que leí, excepto alguna que otra palabra que yo les traducia al árabe en caso de duda, y todos quedaron muy complacidos y con deseos de oir la segunda parte, pues como queda dicho, solo he leído la primera, precedida de una introduccion ó discurso á los concurrentes.

Terminada la lectura, preguntáronme si trataba de imprimir mi obra, á lo que contesté afirmativamente, ofreciendo á cada uno de los circunstantes un ejemplar tan luego como el libro esté impreso, por lo que

me repitieron las gracias, y á seguida nos retiramos llevando todos el ánimo gratamente impresionado.

El autor de EL LIBRO DE OCCIDENTE, para cumplir la promesa que hizo á los *tanyaguies*, da hoy su obra á la estampa, ofreciéndola tambien al ilustrado público de sus compatriotas los españoles.

Quiera el cielo que la aparicion de este libro que, si no por su mérito, al menos por el especial asunto de que trata, debe ser leído con sin igual interés en las dos naciones que se extienden á ambos lados del Estrecho de Gibraltar, sea precursora de una larga y no interrumpida era de paz para todo el país del *Magreb* ú Occidente, es decir, para España y para Marruecos.

INTRODUCCION.

Mohammed Ben Miliani, nacido en el aduar de Kalaia cerca de Melilla, ha visitado no ha mucho la espléndida Damasco de Occidente. La relacion de su viaje que el mismo escribió y que, habiendo llegado afortunadamente á nuestro poder, la hemos juzgado apropósito para servir de introduccion al presente libro, vertida del árabe al castellano es como sigue:

En el nombre de Dios excelso.

Alabanzas constantes á su divinidad.

Y despues. Vamos á referir (si así Dios nos lo concede) el viaje que hicimos al Andálus (1) y nuestra visita á la ciudad de Granada, exponiendo ante todo las causas que motivaron el mismo.

Nuestros ojos vieron la luz primera en el suelo africano, en ese pais á donde vinieron los musulmanes andalucies cuando, vencidos por los Reyes Nazarenos que conquistaron el Andálus, tuvieron que abandonar su hogar y su patria.

Yo vi deslizarse los primeros dias de mi existencia entre los cantos y las narraciones que vinieron

(1) Andalucia.

del Andálus al Africa con los musulmanes andalu-
cés y en esos cantos y esas historias escuché un
nombre repetirse constantemente, nombre que has-
ta se escuchaba en el interior del santuario entre las
sagradas frases de la oracion, nombre que resonaba
en mi oido lleno de misterioso encanto, porque te-
nia el secreto poder de hacer derramar las lágrimas
á cuantas personas lo pronunciaban. Este nombre
era Granada.

Una tarde pregunté al autor de mis dias: ¿Qué es
Granada? ¿Dónde se encuentra?

Mi padre, por toda contestacion, me tomó de la
mano y me condujo á un cercano puerto de mar.
Sentámonos junto á la ribera encima de una roca y
mientras mi padre permaneció en silencio meditan-
do algunos instantes, yo contemplé admirado aquel
hermoso espectáculo que por primera vez se ofrecia
ante mis ojos.

Era aquella tarde la inmensidad del mar quieta y
tranquila cual hermoso lago. Sin embargo, mi cora-
zon se hallaba sobrecogido de un temor misterioso.
Aquel mar sin límites, aquel cielo tan grande como
la palabra de Allah que lo crió, se juntaban á lo le-
jos en misteriosa penumbra. Mis ojos querian ver á
través de ella una tierra completamente nueva y un
nuevo mundo lleno de encantos. Las golondrinas,
revoloteaban por última vez sobre los nuevos retoños
de las palmeras, volaban presurosas y desaparecian
en aquella penumbra misteriosa en que á lo lejos se
juntaban la tierra y el cielo. En aquel momento dije

en mi interior. ¡Quién tuviera alas para volar como vosotras!

Mi padre entretanto habia salido de su meditacion y encarándose conmigo me dijo: Hacia aquel lugar, oh hijito mio, á donde vuelan presurosas las golondrinas, hay una tierra llena de fuentes y de flores, hermosa como el jardin del Paraiso. Setecientos años vivieron en ella los musulmanes. En aquel tiempo los bellos alminares se levantaban entre la fronda de sus bosques, las palabras del almuedano se mezclaban con el canto de los ruiseñores de sus vergeles, las hijas del musulman se adornaban con las flores de sus huertos y con el oro de su suelo se labraban diademas para los emires del Islam. Llegó la hora escrita en el libro de Dios y los cristianos cayeron sobre la ciudad y la hicieron suya, dejando en la más amarga desventura á sus habitantes, de los que unos vinieron aquí y estas humildes chozas les sirvieron de morada, á ellos, que en otro tiempo habitaron alcázares de oro y plata y otros, prefiriendo sucumbir á abandonar su patria, acometieron una lucha horrible y espantosa. ¡Cuántos musulmanes sucumbieron en ella estérilmente! ¡Cuántos cayeron heridos de muerte entre las rocas que veo levantarse con los ojos de mi alma al otro lado del mar, donde abandonados é insepultos aguardan sus restos el día de la resurreccion...!

Escucha, hijo mio, esa tierra antes tan feliz y hoy tan desgraciada es la misma por la que tú me preguntabas hace poco, esa tierra es Granada.

Nunca te he revelado estos secretos por el temor de amargar para siempre tu existencia; pero ha llegado el momento en que se me hace imprescindible descubrírtelos, pues tengo que darte á conocer un misterioso arcano y encargarte un asunto del cual tal vez depende la felicidad de tu existencia.

Yo soy pobre, bien lo ves, hijito mio, y como temia que tal vez despues de mi muerte te faltase el pan, todos los dias he elevado una oracion al grande Allah para que, cuando yo baje al sepulcro, no aparte de tí su excelsa mirada. Esta noche, cuando me hallaba entregado al sueño, se me presentó Allah excelso (alabado sea, no hay Dios sino él) y me dijo: «Hay en Granada un tesoro riquísimo que cuando se llegue á descubrir ha de llenar de dinares (1) á todo el mundo. Este tesoro se ha de descubrir con dos palabras que se hallan escritas junto á una mano, y yo he decretado que tu hijo sea el que descubra este tesoro.» Así me habló Allah excelso (alabado sea, no hay Dios sino él) por lo cual hijito mio, cuando yo ya hubiere muerto, te embarcarás al momento y partirás á Granada para descubrir el tesoro, que Dios excelso y yo te miraremos desde el cielo.

Calló mi buen padre y regresamos á nuestro aduar. Trascurrió el tiempo y le llegó la muerte al autor de mis dias (Dios haya tenido de él clemencia) y en

(1) Monedas de oro.

aquel instante me hice á la vela encaminándome á Granada, como me habia sido encargado.

En una sola noche crucé el mar Mediterráneo, llegando al amanecer á la tierra de Andálus. Yo no pude menos de exclamar cuando pisé el suelo de Esbânia (1) y contemplé su hermosura:—¡Alabado sea Allah el grande y poderoso, que ha creado esta tierra bella como ninguna! Ya comprendo, oh musulmanes, por qué en la mezquita elevais á Dios vuestras oraciones mezcladas con el llanto de vuestros ojos, para que os vuelva á ese pais bello como el jardin del Paraiso.

Esto decia yo en mi corazon cuando arribé á Medina Almonácab (2), puerto de mar en el litoral de Esbânia, y contemplé aquellós lugares hermosísimos, y aquella tierra nueva, y aquel panorama tan bellamente variado, y aquel paisaje tan hermoso.

Aquí se extiende un campo sembrado de plantas y flores, regado por mansos arroyos y salpicado de casitas blancas. Los labradores se dedican en él á sus tareas y en todas partes se contemplan los progresos del arte. Cerca hay un bosque que desde lo profundo del rio se eleva hasta la cumbre de una colina, dejándola vestida como con un alquicel de verdura; más allá multitud de preciosos huertos esmaltados de flores, y en lontananza una obscura roca que penetra los cielos con su cumbre.

(1) España.

(2) Almuñécar.

Después de haber elevado á Dios ferviente acción de gracias, proseguí mi camino hácia Granada. Como era pobre y no tenía dinero para bestia, ni carroza, tuve que hacerlo con mi propio pié.

—¿Dónde está el camino de Granada? pregunté á unos buenos hombres á quienes encontré dedicados á las faenas del campo.—Hácia allí, me contestaron ellos extendiendo sus manos hácia una escabrosa y elevada montaña. Luego prosiguieron.—Pobre musulman, vaya Dios contigo en tu viaje.—Díles las gracias y me encaminé hácia donde me habían indicado.

Poco he de decir sobre mi viaje á través de la famosa montaña que se conoce con el nombre de Yebel-Tsely (Monte de la Nieve, Sierra Nevada); de esa extensa cordillera en la cual todo es admirable, grandioso, imponente. Grandes y elevadas rocas, estrechas sendas, profundos barrancos. Aquí un monte vestido de firmes ú oscuros castaños, allí un hermoso campo donde las vides entrelazan graciosamente sus verdes tallos. A lo lejos se escucha el viento silbar entre las rocas, ó el agua de un torrente que se precipita en sonora cascada, el eco de una campana de remota aldea que llama á la oración de los nazarenos, ó el ruido de una peña que va rodando por el monte, desprendida de un alcázar levantado por los musulmanes, hoy ya arruinado y desierto.

Después de haber atravesado estos lugares, llegué á un fondak (1) y entré en él para tomar descanso.

(1) Posada, parador.

Estaba grandemente fatigado. Hállase este fondak no lejos de un sitio famoso que los cristianos llaman «Suspiro del Moro» en el que dice la tradicion que el último Rey de Granada vió á la hermosa ciudad por última vez y suspiró y lloró lo mismo que un pequeñuelo.

Los que se hallaban en el fondak me contaron esta historia, pero yo la sabia de mucho antes.

Despues de haber dormido un poco proseguí mi viaje y llegué al lugar antes citado, es decir al Suspiro del Moro.

¡Que hermosa perspectiva se ofrece desde allí á los ojos! Una sábana de verdura, semejante al mar, se extiende por todas partes, salpicada de graciosos aduares que asemejan bandadas de blancas palomas. Divísase á lo lejos, despues de este mar de verdura, la imágen remota de una gran ciudad. Mi corazon latió vivamente porque aquella ciudad era Garnatha (1). Corrí y atravesé en un momento el camino que une al Suspiro del Moro con la ciudad y llegué sano y alegre á Medina Garnatha (2) al tiempo de ponerse el sol.

*
**

Estático recorrí las anchas y espaciosas calles de la hermosa ciudad. Sus alcázares y sus vergeles surgieron ante mi vista como por la virtud de prodigioso ensalmo. Yo atravesé una calle en que se le-

(1) Granada.

(2) La ciudad de Granada.

vantaba un edificio de tiempo de los musulimes, en el cual habia un elevado pórtico primorosamente adornado. Entre sus labores se leian hermosas invocaciones y versos del Koran. Algunos hombres sentados á su puerta, luego que me vieron, se rieron de mí, á causa de que iba con el traje de los musulmanes. Entonces dije dentro de mi alma: soy extranjero en la patria de mis antepasados y junto á los alcázares que ellos mismos levantaron.

En estas reflexiones atravesé la ciudad y llegué á un bosque admirablemente grandioso. Sentéme debajo de sus árboles para descansar un poco y contemplar despacio aquel hermoso lugar. Era semejante á un templo de esmeralda, fabricado por la misma mano de Allah. Sobre su pavimento se extendia una alfombra de verdura bordada primorosamente por la primavera, y serpenteada por multitud de arroyuelos que venian á ser los hilos de plata con que esta alfombra habia sido bordada. Los troncos de los árboles se levantaban como las columnas del templo, sobre los que se dilataba una hermosa cúpula de indescriptible belleza. Las ramas, entrelazadas caprichosamente, formaban arcos y galerías, tan preciosas como si hubieran sido construidas segun el diseño del más sábio alarife. Las hojas, asemejando ricos tejidos, descendian de alto abajo y recordaban las banderas y trofeos con que se adornan las mezquitas. Solo hacia falta á aquel templo un un faquih. (1) Sin embargo, de vez en

(1) Sacerdote.

